

Presencia y ausencia

Norma Lazo*



Cada vez que llega el momento de hablar de algo que escribí, la única certeza que tengo es de que voy a mentirles, el problema de construir frases nuevas sobre las ya construidas, es que cuando las miro a la distancia, ya no poseen el mismo sentido que tuvieron ayer. Pero en fin, algo tenía que escribir.

Mi relación con los libros empezó en la infancia, cuando nos mudamos a la casa de mi abuela. Era un sitio sombrío; me gustaban sus paredes largas, oscuras y con telarañas. La casa era enorme: seis recámaras gigantes, al menos así las recuerdo, recovecos extraños, escaleras de madera y un tragaluz habitado por palomas. En uno de los recovecos encontré una caja repleta de libros, recortes de revistas y periódicos. Mi madre colocó en ese lugar un pizarrón, un mapa de Centroamérica y algunas sillas; le llamamos la escuelita y a eso jugábamos. Los libros eran la escenografía necesaria para nuestro juego, pero nadie había tenido la curiosidad de hojearlos. A mí me llamaban la atención las pastas gruesas con letras doradas y poco a poco los fui extrayendo para leerlos a escondidas como si se tratara de un delito. Creo que al hojear-

los, algo me dijo que no me permitirían leerlos, y así nació la complicidad y el aislamiento que me cobija hasta el día de hoy.

La lectura, en ese entonces los libros que estaban en aquella caja vieja y nadie pudo decirme a quién pertenecieron y, que más bien parecían parte de la ambientación de nuestra lúgubre y nueva morada —me refiero a autores como Edgar Allan Poe y H. P. Lovecraft, títulos como *Las leyendas* de Gustavo Adolfo Becker, *El Dr. Jeckyll y Mr. Hyde* de Stevenson, *El hombre menguante* de Richard Matheson y algunos otros que me cuesta trabajo recordar—, me revelaron una vocación que desde un inicio también estuvo prohibida, la de escritor. Nada más cercano para mí en el trabajo con las palabras que la ausencia.

Me parece que el oficio del escritor es el del doblemente ausente, me refiero a ciertas ideas que cruzan el pensamiento occidental. “El libro no puede defenderse por sí solo”, o “pueden parecer cosas vivas, pero si los interrogas sólo guardarán silencio”, como aparece en el Fedro de Platón.

“La escritura es la destrucción de la presencia”, pero al mismo tiempo, “es la mejor forma de mos-

trarse, para no decepcionarnos de nosotros mismos al momento de hablar”, algo parecido sugirió Rousseau.

O como escribió el poeta argentino Oscar Portela, “la ausencia sobre la cual se incrusta toda presencia y hacia donde velozmente corre todo presente, la ausencia como muerte omnipresente, la ausencia como cruz que dota de sentido a todos los actos, la ausencia como condena, y el nombre como cuerpo de toda presencia”.

Mientras estas ideas dan vueltas en mi cabeza, me viene a la mente la imagen de una de las pocas fotografías de Thomas Pynchon, en la que está vestido de marinero con una sonrisa simpática pero también pícaro, en la que parece decir “adiós, no me volverán a ver”.

Así es como concibo a los escritores: ausentes, sin entrevistas que sirvan de mediadores, sin escucharlos hablar de lo que ya escribieron, inermes en una fotografía que sólo provoca mayor curiosidad. Pero también he aprendido, por mi mala cabeza, que hablar también es parte del oficio del escritor, y que sólo los monstruos como Fonseca, Salinger, o el mismo Pynchon, pueden darse ese lujo que envidia en momentos, en que como los niños pequeños, espero que al cubrirme el rostro, aunque sea con las hojas de mi escrito, yo también pueda desaparecer.

Pero si la escritura me ha permitido la ausencia, también me ha permitido el consuelo, el consuelo de quien puede ocultarse detrás de unas hojas blancas, y que aun sabiendo que se ausenta, no puede evitar ser presencia. Escribir es un modo de ausentarse pero, al mismo tiempo, escribir es hacerse presente.

He publicado cinco libros, uno de cuentos, dos novelas, un híbrido entre la crónica y el ensayo y, más recientemente, una compilación de crónicas basadas en casos de nota roja. Todos reflejan el pensamiento obsesivo relacionado con un momento específico en mi vida.

Noches en la ciudad perdida, el libro de relatos, me recuerda aquella obsesión por abandonar Veracruz para ir al encuentro de la “nada”, no obstante, la sola razón de que esta “nada” se localizara en otro sitio, significaba una promesa cumplida.

Los creyentes, la primera novela, es el inventario de la ira y la melancolía que me despertaba cualquier tipo de enlace con el mundo exterior, enlace que hasta el día de hoy me sigue inquietando.

El horror en el cine y la literatura, acompañado de una crónica sobre un monstruo en el armario, fue un reencuentro con aquella caja de libros de horror y, al mismo tiempo, el convencimiento de que no importa qué tan lejos viaje, la nada habita en todos lados.

El dolor es un triángulo equilátero, la simple certeza de, que como escribió Norman Mailer en *Los hombres duros no bailan*, “siempre que dudes de que algo saldrá mal, ten la seguridad de que se avecina algo desagradable”.

Y en *Sin clemencia, los crímenes que conmocionaron a México*, el retorno de la misma melancolía que continúa repitiendo que jamás hubo ni habrá tiempos mejores.

Aunque cada libro forma parte de un momento determinado, creo que los cinco conservan una misma idea o espíritu: la desesperanza que provoca el sinsentido y que, a pesar de inventar cientos de razones que valgan la pena vivir la vida, siempre vuelve ese sabor amargo de la futilidad que nos termina empujando a un abismo, un abismo del cual sólo podemos sostenernos con la certidumbre que brindan los endeble hilachos de unos calcetines.

No recuerdo en dónde leí que cualquier historia comprometida en hablar sobre la condición humana, comunicará el sufrimiento. Imagino que se refería al abandono, la pérdida, el odio, la muerte, la soledad, la melancolía, los padecimientos, la frustración, la mezquindad, el desamor, la vacuidad, la traición, el desamparo, la deslealtad, el engaño. E imagino también, que no faltará quien alce la voz en contra para tachar semejantes palabras de pesimistas o cínicas, e igualmente, enlistará todos los antónimos que conforman los binomios complementarios que circundan la vida del ser humano. Y lo más probable es que tenga razón, al igual que aquel subrayado que hice en un libro viejo “no suelen ser nuestras ideas las que nos hacen optimistas o pesimistas, sino que es nuestro optimismo o pesimismo [...] el que hace nuestras ideas”.

* Texto leído el 19 de octubre de 2007 en la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares, otorgado por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez a la novela *El dolor es un triángulo equilátero* (Cal y Arena, 2005) de Norma Lazo.